El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8231 | DIARIO DE LA NOCHE | TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas: tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 13 de Abril de 1889

MORALEJA

Por que á su suegra Doña Monserrate
Se le pegaba siempre el chocolate,
El cuitado Ginés, daba al infierno
Su miserable condición de yerno.
Compadecido de su mal le dije:
En vano Vd. se aflige,
Compre Vd. chocolate de Valencia
Y verá como cesa su quebranto.
En efecto: á otro dia,
Fué á buscarme Ginés deshecho en llanto
Y así con efusión me repetia:
Usted es mi providencia, soy dichoso;
A Doña Monserrate
Que antes no le gustaba el chocolate
Le ha parecido hoy el de Valencia
Cosa exquisita
Que ella misma se ha hecho una tacita
Cuidando con esmero y diligencia
Que no salga pegado
Por eso digo, Vd. es mi providencia
Usted ¡oh D. Benigno! me ha salvado.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta *con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral*, exíjase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Caridad 3 Cartagena.

ECOS DE MADRID.

12 de Abril de 1889.

Los folletines de los periódicos se caen de las manos. Los lectores que antes aguardaban con impaciencia la ración de la literatura patibularia encuentran más sabrosa la realidad que la ficción. Hasta los que no saben leer compran periódicos y en los talleres el que lee de corrido disfruta el privilegio de escamotear una ó dos horas al trabajo para convertirse en lector de los sucesos que tan detallada y minuciosamente refieren los diarios. Durante todo el día se comentan las noticias. En las oficinas y hasta en las visitas no se habla de otra cosa. Los animados corrillos de las plazuelas no desperdician un solo detalle: en los cafés se pronuncian á cada instante los nombres de los personages más ó menos principales de la novela y el que indica que ha conocido alguno de ellos se ve asediado de preguntas.

Además cada cual se cree con derecho á emitir su opinión: si todos los que juzgan cobraran sueldo no bastaría todo el presupuesto para pagar sus honorarios.

En el seno de las familias se habla de lo mismo y yo creo que hasta se sueña con los acusados, los testigos, los jueces y los periodistas.

A todo se acostumbra uno y por desdicha ya se habla de los episodios del crimen con la mayor tranquilidad. Se han formado bandos. Los unos creen en la inocencia de éstos, los otros están seguros de que los culpables son aquéllos y hay tal confusión de datos, de pareceres, de juicios que no será de estrañar que se aumenten los habitantes de los manicomios.

Como siempre sucede, en el fondo no falta quien reflexiona con serenidad y los que en este caso se hallan lamentan el espectáculo que estamos ofreciendo.

Existian desde hace tiempo los conocidos y hasta los célebres timadores. Fulano y Mengano. Hoy la notoriedad que han alcanzado los complicados en la causa del crimen de la calle de Fuencarral los ha colocado en la categoría de celebridades y como todo lo que es bombo y platillos entusiasma á nuestra generación, hay quien visita y agasaja á los desgraciados que viven bajo el peso de la acusación, confiando en que de esta manera pasará su nombre á la posteridad.

Decia la otra mañana una tabernera al juzgado:

—Lo que hacen ustedes con esto es que pierdan el crédito los establecimientos.

Todo lo contrario.

Desde los extremos de Madrid y acaso desde los pueblos ha ido gente estos días á la casa de cambio de la calle de Preciados.

En el sótano H. se ha aumentado el consumo y estoy seguro de que si el sastre Nieto no estuviera tan ocupado, lo que es este verano él sería quien vestiría á todos los madrileños.

¡Debilidades humanas!

Pero en fin ¿no es verdad que ya hastian esos manjares tan difíciles de digerir?

Si es verdad como dicen que todavia hay causa del crimen de la calle de Fuencarral para tiempo, en cuanto sean hallados los culpables y se cumplan en ellos los rigores de la ley; una de dos ó parecerá que nos falta algo, ó por efecto de la ley de las compensaciones, vamos á dedicarnos á leer á Florián, y nos deleitarán las eglogas y hasta los mozos de cuerda harán idilios; y vivir en una nueva Arcadia será nuestro placer.

Dejemos pues á los actores y espectadores de tan terrible drama y volvamos un instante los ojos á otros espectáculos más agradables á la inteligencia. Ningún año se han celebrado mayor número de conferencias interesantes que en el actual. Rara es la noche que los aficionados á ilustrarse carecen de un orador que les instruya y los deleite. Ultimamente ha dado una conferencia el Dr. San Martín que nos ha sorprendido y nos ha cautivado. Este insigne catedrático ha demostrado que el clima de Madrid no es tan malo como se supone y ha atribuido á los continuos y violentos cambios de temperatura que se experimentan cualidades técnicas muy recomendables. Así debe ser; porque en efecto las personas robustas disfrutan de muy buena salud; pero en cambio los débiles se van al cementerio del Este con un facilidad dolorosa.

Madrid es una especie de papá á la inglesa. En la práctica Inglaterra apenas nace un niño lo zambullen en un barreño de agua fría. Si tiene resistencia, esta inesperada ducha le fortalece y le lleva sano, robusto y coloradote al escritorio de una casa de Banco. Si por el contrario es endeble activa su peseo por el mundo. Y lo que dicen los papás: «Para que viva enfermizo, vale más que Dios se lo lleve.» Nosotros pensamos todavía con más caridad.

Julio Nombela.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

LEOPOLDO

Charada

En *prima tercia* verás
lo que rodea á los huertos
y *tercia prima* hacer suele
el que padece del pecho.
Mitad de crema es *segunda*,
un pronombre la *primera*
y para guardar el *todo*
se necesita cautela.

Capero.

LA ACTRIZ

Doña Pascuala es una señora muy montada á la antigua, porque tiene razones para ello, con una honradez á prueba también para lo cual tiene motivos.

Antigua actriz en los teatros de la corte y retirada de la escena por exceso de años, la pobre señora no conserva de su época de gloria más que algún mustio laurel, ni de su belleza que fue mucha, según ella asegura, si no algún surco en su rostro, coloreado artificialmente, que dice con triste elocuencia *Aquí yace la hermosura.*

Apesar de todo: D.ª Pascuala tiene aun sus pretensiones, y previo un Alfonso trece columnario, se atreve alguna vez á *ejecutar* la Brígida del Tenorio, ó alguna característica sainetera, en teatros del último orden, y en compañías de aficionados en armonía con los coliseos que frecuentan.

Desgraciadamente de esos acontecimientos caen pocos en el año, y la infortunada Pascuala, anda siempre á la cuarta pregunta, con un arrogante sable de ballena que encontró en la guardarropía de un teatro casero, con el cual tira de hocicos al mísero mortal que se tropieza.

Para estas terroríficas escenas debo yo gustarle, porque me las repite con demasiada frecuencia, y con un calor que ni la Mendoza Tenorio le aventajaría.

Por supuesto, yo, me dejo atrás al mismo Antonio Vico en el desempeño de mi papel.

Cuando el hombre aburrido echa por la calle de enmedio, y cojiendo del cuello á su adversaria, dice con entonación trágica: «La muerte antes que un sablazo,» estoy á una altura que ni la giralda de Sevilla.

Ella, la actriz, D.ª Pascuala, quiere convencerme con frases de efecto, pero yo poniendo los ojos en blanco y mirándola con ternura, concluyo el drama diciéndole: «Pascuala, ese duro que desea no soy yo quien lo tiene.»

Oigan ustedes el último diálogo que sostuve con mi doña Pascuala hace ocho dias.

Enmedio de una calle principal la encontré, se puso delante de mí y fingiendo llorar á uso de teatro, me dijo:

—Necesito un duro.

—Y yo también.

—Me corre mucha prisa, es para comer.

—El mío es para almorzar.

—Un duro, D. Luis, un duro.

—No lo tengo.

—¡No tiene un duro!... ¡Qué escucho! mi situación es muy mala. .

—Pues créame D.ª Pascuala que lo siento mucho, mucho.

—Mi dicha sería completa
por unas horas siquiera,
si usted, al menos me diera
una misera peseta.
No borra de su memoria
que soy *toda* una señora,
que de mi edad en su aurora
alcancé en la escena gloria.
—Ya sé que en estrechos lazos
con el arte usted vivía,
pero ¡ay Pascuala!... en el dia
no estoy yo para *sablazos.*
¡Qué no tiene usted dinero!...
infame y grosera escusa
que ya en el día no la usa
ninguno que es caballero.
«No olvide que le pidió
en la calle, una mujer
un duro para comer
y que usted no se lo dio!»

Dijo y se fue con paso largo refunfuñando como sabe hacerlo una actriz retirada del servicio activo.

Ayer recibí una carta por el correo interior: cuando vi letra de mujer, me miré con detenimiento al espejo y reconociendo mi natural belleza, dije con vanidad masculina: «¡Una conquista!...» «¿Quién será ella?...» abrí la carta, miré la firma y leí.... leí.... *Pascuala.* Cayó el papel al suelo y yo me vi acometido de un síncope.

Llamé al criado, cuando pude hablar, le pedí un vaso de agua con unas gotas de éter, me dió unas friegas en los tobillos, y ya algo más en mi centro recogí la carta y empecé su lectura, que voy á repetir para que ustedes la oigan.

«Sr. D. Luis: Yo soy aquella que en el templo del arte, admiré á los públicos en días no lejanos. La actriz predilecta de la córte. Mi nombre era respetado por propios y extraños y las corrientes de mi fama lo mismo corrían por España como por los países extranjeros.

¡Tristes recuerdos D. Luis, que hoy alimentan mi existencia!

Mis encantos como mujer aun se conservan en retratos archivados en los coliseos de las principales capitales de provincias, y en el Teatro Español de Madrid, donde hice mis mejores campañas!

Hoy, abatida por el frio peso de los años, me veo retirada de la escena, bien á mi pesar.

Usted Sr. D. Luis es bueno: la casualidad quiere que haya llegado á sus treinta y tantos años, sin haberse desposado: si Vd. quiere una mujer honrada y de experiencia, aunque me esté mal el decirlo, aquí estoy yo.

Su mano ó una caja de fósforos para acabar con esta existencia que tanto agovia á su enamorada.—Pascuala.

P. D.—En el caso de no decidirse á dar mar estado, mándeme cinco duros como señal de que quiere conservar su libertad.»

Confieso que me hizo reir á mandíbula batiente la carta de esta conquista, más añeja que el vino que mis abuelos embotellaran allá por el año cuatro.

Lo primero que pensé fue no contestarle una palabra, pero temiendo una segunda epístola ó algún encontrón á boca de jarro enmedio de la calle, tomé la pluma y le contesté con la siguiente carta:

«Sra. D.ª Pascuala Floretes: Muy Señora mía: Con el mayor gusto he recibido su cariñosísima carta que me apresuro y congratulo en contestar.

Sé y me consta, que V. J. en el arte dramático, fue un lucero que eclipsó al mismo Sol con todas sus claridades.

Los recuerdos que usted dejó en los teatros donde el destino quiso presentarla, aun se ven en ciertos lugares de aquellos, donde manos hábiles la retrataron al fresco.

De las hermosuras que usted ha derrochado tengo también constancia por referencias que jamás han faltado á la verdad. Mi tía doña Circuncisión, ciega de nacimiento de resultas de un susto que llevó su madre, ocho días antes de nacer ella, me tiene hablado mucho de los atractivos de usted.

Me honraría yo mucho con poder ofrecer á usted mi mano, pero ¡ay Pascuala! misterios de la vida me lo impiden.